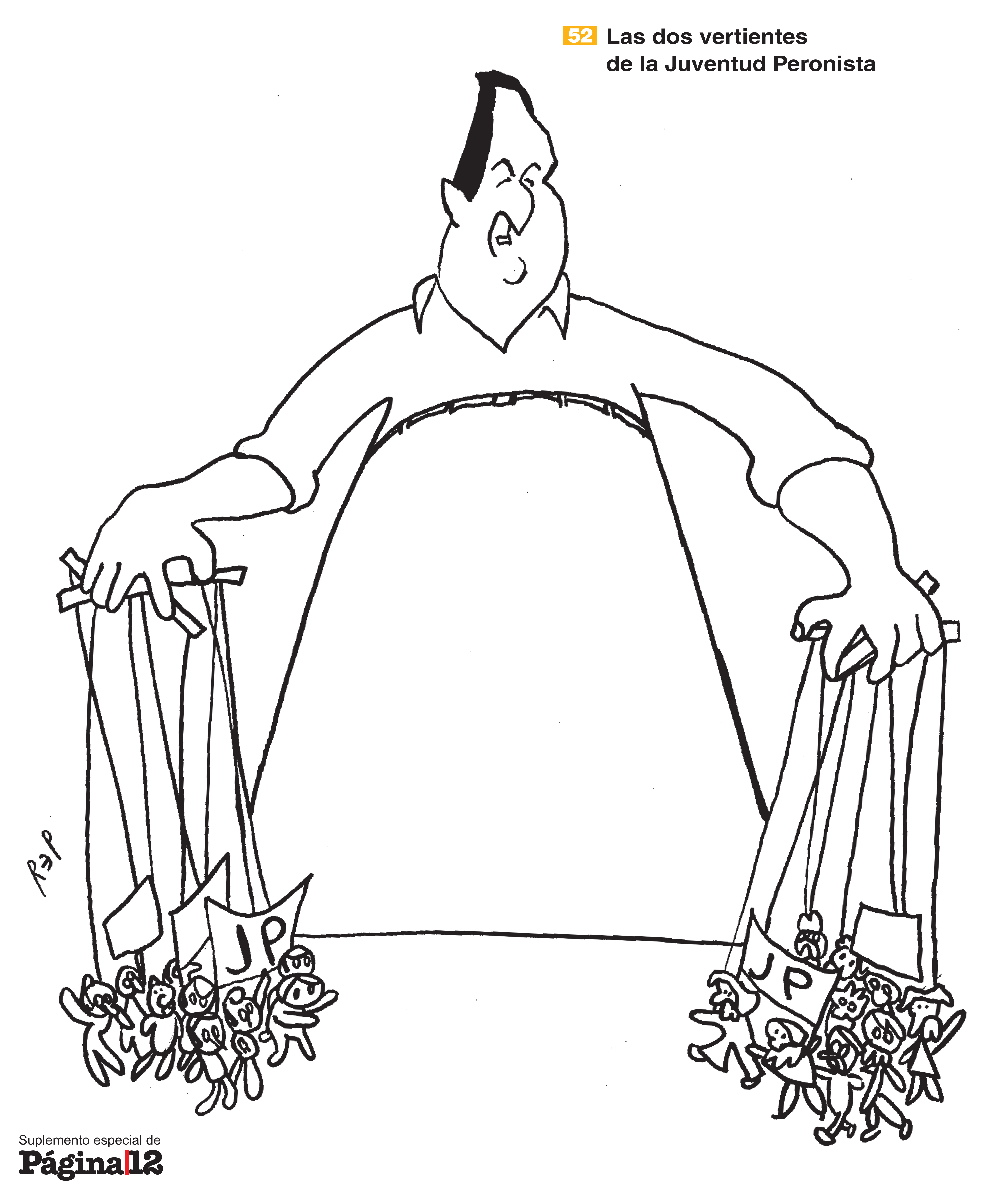
José Pablo Feinmann

Peronismo

Filosofía política de una obstinación argentina

52 **Las dos vertientes de la Juventud Peronista**



Suplemento especial de
Página|12

LOS CHICOS DE TACUARA Y LA VIOLENCIA CATÓLICA

Los que andamos por los sesenta y hasta un cachito más solemos recordar muchas cosas. No sé quién anda vaticinando que hoy la expectativa de vida es hasta los qué sé yo cuántos años, pero juro que a lo largo de estos seis u ocho meses esa aseveración se me ha vuelto cuestionable. Del modo que sea, todos sabemos que la Huesuda es implacable y que, en algún momento, tendremos que discutir con ella. Discusión que es absurda porque Ella suele ganarla con el simple trámite de matarnos. Nada de pedirle unos años más. De reprocharle que su decisión de retirarnos del show ha sido prematura. Que aún teníamos muchos planes. Que todos nos decían: "¡Estás hecho un pibe!" No. Cuando la Huesuda te dice: "Vení", lo mejor es que vayas. Te tocó y te jodés. Pero durante estos meses se ha empecinado en aumentar nuestra soledad quitándonos la cercanía cálida de algunos amigos sólo por la arbitraria decisión de hacerlos crepar, manía que Ella tiene y en la que se especializa. De aquí que en amables reuniones con amigos que aún andan por aquí surge con frecuencia el tema de los viejos tiempos. Cuando éramos jóvenes y de la Huesuda nada sabíamos o se llevaba a otra gente: a viejos de mierda, por ejemplo, que ya habían vivido lo suyo y nada habían dejado que justificara su paso por el mundo. Cuando hablamos del pasado suele aparecer el recuerdo de los años escolares. De la primaria. De la secundaria. La otra vez alguien largó una pregunta:

–¿Se acuerdan de Tacuara?

–Eran jodidos esos tipos. Yo les tenía un cagazo que ni te cuento.

Alguien, que la tiene más clara, dice:

–Siempre me asombró algo. Tenían nuestra edad pero tenían una ideología construida. Tenían formación. Parecían mayores que nosotros.

Unánime: todos les tenían miedo a los militantes de Tacuara. Eran, en rigor, un grupo de choque ultracatólico. Tenían el estilo de las pandillas nazis que asolaban Berlín y otras ciudades de Alemania hacia 1931. Tuve una cercana relación con esos muchachos. La vida me puso en un lugar que me permitió verlos surgir y padecerlos. En 1957 yo me reunía con unos amigos en la Plaza Castelli de Belgrano R. Estaba en segundo año del bachillerato. A esa edad era un perfecto boludo. Quiero decir: era un pibe. Leía revistas de historietas y –por esas marcas tempranas de la vida– leía a Kafka y escribía. Pero de Kafka entendía poco y escribía sobre cowboys y piratas y hasta sobre gauchos. Con los pibes que se reunían en la plaza empezamos a organizar algunas fiestitas. Eran en la casa de un chico que –sólo recuerdo esto– se llamaba David. Pero vivía en un quinto piso de Conde y Echeverría y era un amplio, muy lindo departamento. Los padres se lo cedían siempre que se armaba una fiestita. Ahí estaba yo: empezando una adolescencia normal. La adolescencia de los años cincuenta. Fiestitas, bailar, alguna noviecita. Me gustaba una piba. Cristina, se llamaba. David era judío. Pero esto no parecía preocuparle a nadie. La mayoría de los pibes de la Plaza Castelli eran tibiamente antisemitas. Cosas que les habían dicho los padres. Las de siempre: que los judíos habían "matado a Dios". Pero no pasaba nada. Además, acudiendo a mis dotes de temprano charlatán, yo les había aclarado que mi vieja era católica y eso te hace católico y que yo era católico y que no me jodieran más. *Hasta que llegaron los Tacuara.*

Tendrían dos años más que nosotros. En seguida fascinaron a todos. David, solito, dejó de aparecer. Creo que un tacuara le dio una piña. Algo así. Metían tanto miedo que el poseedor del hermoso departamento donde hacíamos nuestras fiestitas desapareció. Nunca más las fiestitas. Pero mis otros amigos no lo lamentaron. Rodeaban a los tacuaras y escuchaban sus historias. Hablo de 1957, eh. Recién aparecían. Había dos hermanos que estaban cerca de lo siniestro o tal vez más allá. Eran adecuadamente rubios y sonreían amenazadoramente. Yo, en seguida, les largué el asunto de mamá católica y yo católico y no me jodan. Me aceptaron. Pero con pocas ganas.

Se sentaban en los bancos verdes de la plaza y nosotros los rodeábamos. No recuerdo todo lo que nos hacían saber, el mundo del que nos llevaban a participar. No recuerdo nombres. Lamento eso. Pero hablaban de sus reuniones. Se reunían a menudo en un caserón de no sé dónde. En ellas un cura les hablaba. Y después un historiador los sumergía en los torrentes deslumbrantes del Tercer Reich. Hablaban de Hitler como de Dios. Y después pasaban a Rosas. Y después a los judíos. Terminaban cada encuentro rindiendo un homenaje a dos caídos de la organización. Decían sus nombres y alzaban la mano al estilo nazi. No pude escuchar muchas otras cosas. Todas eran parecidas. Algunas incluían algún ataque a una sinagoga o la paliza a un judío. Hablaban de la patria. De su gran defensor: Rosas. Y de uno que otro tema. Llevaban la estrella federal en la solapa. Y cruces.

Cierto día aparezco por la plaza y uno de los dos rubios se me acerca. Después vi esa cara en muchas películas. Es la del nazi perverso que se ríe porque sabe que te va a reventar. La risa tiene un toque de locura y otro de crueldad. Una crueldad que, aunque aún no ejercida, el tipo ya la disfruta por anticipado, con sólo pensar en ella, con sólo planearla. El rubio me dice: "Qué hacés, Fainman". Nadie, jamás, había pronunciado así mi apellido. No hasta 1957 al menos. Pero decir "Fainman" y decir "judío de mierda, no nos tragamos más la historia de tu vieja católica o no nos interesa porque con ese apellido vos, para nosotros, sos una rata semita" era lo mismo. Me di vuelta y me fui. Ahí dejé para siempre un posible camino que pudo tener mi adolescencia. Ahí quedaron las fiestas en lo de David. Los bailes. Cristina. Nunca supe bailar bien. Siempre fui un tronco. Con Cristina hubiera aprendido. Como la vida siempre te abre puertas me metí por otro camino y sobreviví. Pero hubiera preferido el anterior. Además, era la primera vez (y creo que acaso fue la única o también, y esto es importante, creo que luego supe defenderme y hasta dejar en ridículo al facho de turno) que sentí qué era ser un desplazado, un marginado. No un judío. Pero *también* un judío. Porque hay pocas cosas más difíciles que defenderte de algo que no sos, que no sentís. Bueno, este es otro tema. En alguna novela lo debo haber narrado. Pero pensemos en David. El estaba contento. Nos daba su casa. Quería ser nuestro amigo. Hacer las fiestitas. De pronto, los nazis.

En los colegios la cosa era peor aún. En el Roca de Belgrano. Aquí eran una peste. En el Sarmiento. No tanto en el Manuel Belgrano. Casi nada en el Avellaneda. Y mucho en el Nacional Buenos Aires. En Derecho, más tarde, se adueñaron del sindicato y, sé que conté esto que, además, es muy conocido, una noche entraron al comedor y cagaron a cadenazos a todos. Judíos o no judíos. Como locos, gritaban: "¡Vivan los generales Valle, Tanco y Cogorno!". Una chica murió baleada. Porque sí nomás. Porque a algún canalla tacuarita, a algún chico malo católico nacionalista, se le ocurrió practicar tiro.

Se discute o se oculta el origen tacuara de algunos montoneros. Pero cuando se anda tan cerca de algo la cercanía se torna peligrosa. Hubo una evolución. Pero habrá que ver si en todos. La semejanza de símbolos es total. Entre la tacuara, que era el arma primitiva y más pura de combate de la montonera gaucha, y la elección, sumamente correcta, del nombre Montoneros para expresar la continuidad de una lucha popular que viene de lejos y que estuvo encarnada, en el siglo XIX, por el federalismo del Interior, por sus caudillos y sus masas, y una actual que prolonga esa guerra que los gauchos perdieron, hay una simetría impecable. Aquí es donde se notan las lecturas que hicieron los pibes tacuaras ya en los cincuenta. Los pandilleros que aparecieron por la plaza Castelli en 1957 ya tenían las cosas claras. Pero no por Jauretche, ni por Jorge Abelardo Ramos ni aun por José María Rosa. Ellos habían leído a los hermanos Irazusta, la biografía de Rosas de Carlos Ibarguren, la de Manuel Gálvez y *La unidad nacional* de Ricardo Font Ezcurra. De aquí les venía la unión entre el rosismo y el catolicismo. Luego, el siniestro padre Julio Menvielle, que estaba bastante chiflado, hizo lo suyo.

La acción más importante de los Tacuara, la que los lleva al conocimiento público, es decir, el de aquellos a quienes aún no habían reventado a cadenazos en algún lugar de la ciudad, dado que los otros jamás podrían olvidarlos, es el célebre asalto al Policlínico Bancario, que hasta mereció que se filmara una película, bastante rigurosa, con Alfredo Alcón y Mirtha Legrand. Pero antes me permitiré redondear algo. Para ellos, lo "militar" era tan importante como lo "católico". Y esto lo habían encontrado de modo espléndido en la figura de Juan Manuel de Rosas. La biografía que más frecuentaron fue la del fascista Carlos Ibarguren, hombre del gobierno de Uriburu entre muchas otras cosas (*Nota*: El libro en que Ibarguren desarrolla casi mejor que el propio Duce la ideología del fascismo es *La inquietud de esta hora*. De 1934. Debiera reeditarse.) Don Carlos inicia su biografía de Rosas, coherentemente, narrando su nacimiento. Al hacerlo, expresa la inefable, sublime unión que se da entre el catolicismo y lo militar: no bien "el párvulo" echa a llorar su padre corre al cuartel



en busca del capellán de su batallón "para que bautizara en seguida al recién nacido. Como estuviera ausente su capellán, y nadie diera razón de él en ese momento, llamó al del batallón tercero, doctor Pantaleón de Rivarola. El teniente pensaba que el vástago de un Ortiz de Rozas debía, el primer día de su vida, ser ungido a la vez católico y militar, y por ello empeñose en que fuera castrense el sacerdote que pusiera óleo y crisma a la criatura" (Carlos Ibarguren, *Juan Manuel de Rosas, su vida, su drama, su tiempo*, Ediciones Theoria, Buenos Aires, 1972, p. 7. En la portadilla, la editorial –que editaba autores de la derecha nacionalista aunque también al siempre querible Fermín Chávez– describe a Ibarguren como sigue: "Católico por bautismo y militancia, dio ejemplo de vida familiar, amó a su prójimo y siempre prestó testimonio de su fe". Amén.)

No es complejo descifrar el andamiaje ideológico de los muchachos tacuaristas. Era elemental. Hay un solo aspecto sobre el que me propongo detenerme: la violencia. Estaban dotados para la violencia. Durante la presidencia de Frondizi se desata el conflicto entre la "laica" y la "libre". La "laica" era la educación liberal, no religiosa. La "libre" era la de los colegios religiosos. La de los chicos chupacirios. Surgieron luchas muy duras en distintas geografías de la ciudad. La izquierda, los comunistas, defendía la "laica". Los tacuaritas, la "libre". Acusaban a comunistas, judíos y masones de querer borrar la identidad católica e hispánica de la nación. No había un solo judío que peleara por la "libre". Todos estaban con la "laica". De modo que fue fácil para los tacuara identificar a la "laica" con el judaísmo. Hubo muchas piñas, cadenazos, insultos entre "fachos" y "judíos bolches". Para los tacuaras todo era claro: el judaísmo internacional, el sionismo, tenía que borrar la identidad de la nación para apropiarse de ella. ¿Cómo no iba a proponer alejar a la religión de los planes educativos, de las escuelas, de los colegios, cómo no iba a agredir a los colegios religiosos? Se ponían unos brazaletes verdes y salían a dar palos. (Años después, otros fachos, los de la Juventud Sindical, organizados por los sindicatos en 1973, también se identificarían por el color verde y se les diría "los verdes".) Joe Baxter andaba metido en todas esas bataholas. Cierta vez, en febrero de 1960, llega Ike Eisenhower a la Argentina. Lo previsible: Tacuara y también la izquierda salen a repudiar al embajador del imperialismo yanqui. Luego, en la cárcel de Las Heras, Baxter conoce a Guillermo Patricio Kelly. ¡Qué momento! Como le dijo Gatica al general: "Dos potencias se saludan". En fin, no tanto. Los que aquí se saludan son, más bien, dos piantados descomunales, dos aventureros que irían de lo risible a lo abiertamente ridículo. Uno (Rambo Kelly) duraría más que el otro, mucho. Pero, ahora, en Las Heras, están juntos. Baxter le habla pestes de los judíos, del sionismo como agente del imperialismo anglo-yanqui internacional. Kelly, que había sido el líder de la Alianza Libertadora Nacionalista, y que, créase o no, era más vivo que Baxter, le dice que no, que no es así. Baxter no lo puede creer. Kelly, sin más, le dice que el sionismo no es un agente del imperialismo. Ya se había apartado del racismo retrógrado que practicaban los tacuaristas. (Ver: Daniel Gutman, *Tacuara, historia de la primera guerrilla argentina*, Vergara, Buenos Aires, 2003, p. 83.)

Pero era difícil que los tacuaras pudieran hacer algo así fácilmente. Su maestro había sido Julio Menvielle. No dudo de que el cura que mencionaban los tempranos tacuaras que aparecieron en la plaza Castelli era justamente este personaje penoso pero siniestro. No hay que olvidar que esta clase de tipos dio muchas lecciones a las Fuerzas Armadas de este país; no es casual que durante la represión del Proceso del '76 el ensañamiento con el judío fuera particularmente intenso. Como paradoja (y es sólo una anotación momentánea) digamos que muchos de los jóvenes peronistas de origen judío a los que torturaban creían más que ellos y con más fundamentos y convicciones que el sionismo era agente del imperialismo yanqui y que Israel era el enclave de Occidente en Oriente medio. Eran los judíos de la JP. Sobre ellos volveremos en detalle. Volvamos a Menvielle. Fue el que tempranamente formó a los tacuaristas. ¿Qué pensaba este tipo?

En Independencia y Salta había un convento. Era viejo, de aspecto austero. Hacía él iba Ezcurra Uriburu, jefe de los Tacuara, y junto con él los tacuaristas. Suena bien Ezcurra Uriburu como apellido de un jefe tacuarista. Ezcurra remite a la feroz mujer de Juan Manuel de Rosas, Encarnación Ezcurra, que le organiza a Rosas la "revolución de los restauradores" de 1834, algo así como el 17 de octubre de Rosas que habrá de llevarlo hacia su segundo gobierno, el de 1835, el de las facultades extraordinarias, el de la Ley de Aduanas, el de la Mazorca, el del bloqueo del Almirante Leblanc en 1838, el de la invasión de Lavalle en 1840, el de la Vuelta de Obligado, el del levantamiento de Urquiza y la batalla de Caseros en 1852. Y Uriburu remite al jefe del golpe fascista de 1930, con Lugones como ideólogo

y Lugones hijo con la picana eléctrica para ejemplificar a qué tipo de espada se refería su padre cuando decía que su hora había llegado.

En el convento de Independencia y Salta había una Casa de Ejercicios Espirituales. Aquí "los recibía el más importante teórico del antisemitismo que existió en la Argentina: el presbítero Julio Menvielle. Doctor en Filosofía y teología, Menvielle escribió en la mayoría de las revistas nacionalistas y escribió numerosos libros donde repudió la democracia, el liberalismo, el comunismo y el judaísmo. El se convertiría en un referente central de los primeros años de Tacuara" (Gutman, *Ibid.*, p. 60). La amistad entre Ezcurra y Menvielle era estrecha. Compartían una cosmovisión, que el segundo, sobre todo, se había encargado de explicitar. Hay un libro del cura energúmeno (que, sin embargo, fascinó a estos muchachos destinados a mejores cosas) llamado *El judío en el misterio de la historia.* Todo antisemita es un paranoico: ve judíos por todos lados. También hay judíos que ven antisemitas por todos lados y más si alguien les reprocha las políticas belicistas y represivas del artillado Estado de Israel. ¿Qué verán muchos en Daniel Barenboim: ¿un gran músico o un hombre al servicio del terrorismo? Pero Menvielle era un bicho detestable. Un enfermo. Pensemos en el título de esa obra. Por un lado: el judío. Por el otro: el misterio de la historia. ¿Dónde está el judío? *En el misterio de la historia.* En su centro. Es su matriz explicativa. Es tal el odio por el objeto abominado que se termina por hacerlo el factor fundamental de la historia humana. Menvielle, que también era escuchado por los jóvenes tacuaristas en las charlas de la librería Huemul, les explicaba su teoría de la historia. Paganos, judíos, musulmanes y cristianos se estaban disputando desde hacía siglos el dominio del mundo. Otras civilizaciones no contaban en el desarrollo de la humanidad. Así, por ejemplo, los africanos "serán un pueblo pero siempre un pueblo inferior, disminuido, siempre a remolque de otros pueblos". (Muchas influencias de Hegel en esto. Aunque también de Alfred Rosenberg, que decía que Francia terminaría por ser un atolón de Africa gobernado por judíos, JPF.) "En cuanto a los que sí movían el mundo, Menvielle tenía la esperanza de que paganos y musulmanes pasaran al mundo de los cristianos. Estos afrontarían la lucha 'irreductible y decisiva' contra los judíos, de quienes no sólo los separaba la religión sino también 'concepciones opuestas en política, en economía y en todos los aspectos de la vida'. En ese contexto debe entenderse el comentario que escribió Menvielle en 1949, acerca de la creación del Estado de Israel un año antes: 'Los planes milenarios de un universo dominado por los judíos parecieran en vías de firme cumplimiento' (...). Muchas de esas concepciones de la historia, de la política y de la vida fueron incorporadas por los tacuaristas en el convento de la avenida Independencia" (Gutman, *Ibid.*, ps. 60/61).

JOSÉ LUIS NELL, DEL POLICLÍNICO BANCARIO AL SUICIDIO

En esa cárcel de Las Heras en que Guillermo Patricio Kelly le dijo a Joe Baxter que no odiaba al sionismo, también estaba otro personaje que habría de ser importante en la JP que provino de Tacuara. Se crió en el barrio de Flores. Tiene 15 años cuando su madre resulta herida en los bombardeos de Plaza de Mayo. Esto, desde luego, habrá de ser decisivo en las elecciones que tomará en su vida. Una vida excesivamente desdichada. Vale decir: injustamente desdichada. Se trata de José Luis Nell, "que como muchos tacuaristas había estudiado en un colegio de curas, se había incorporado a la UNES en 1958, cuando Tacuara todavía estaba en su etapa embrionaria" (Gutman, *Ibid.*, p. 83). Vean qué temprano me los encontré yo en la plaza Castelli, a los 14 años, en 1957. Los que conocí, aunque Tacuara estuviera en su etapa embrionaria, no eran embrionarios para nada. Tenían todo claro. Sobre todo lo que siempre me desagradó, o para ser más claro: me repugnó, de Tacuara: el matonismo, la violencia, la violencia de las cadenas y las manoplas al modo de las SA de Röhm en las calles de Berlín reventando bolcheviques y judíos. Pero José Luis Nell es un caso excepcional de cambio político-ideológico. Es posible (y lo es) que, luego de la caída de Perón, la juventud argentina –o un importante sector de ella– no tuviera otra salida para expresar su rechazo al régimen que la violencia de ultraderecha. Es posible. El caso es que así se dio. Estos jóvenes empezaron su rechazo a lo establecido por medio del odio fascista. Cierto es que hay que engañarse mucho para creer que el odio fascista implica un rechazo a lo establecido. Creo que les fascinaba la violencia, que el catolicismo los entregaba en manos de curas siniestros y, también, en manos del racismo antisemita (*Los judíos mataron a Dios*). La fascinación por la violencia conllevaba una pasión por las armas que *la mayoría jamás habría de abandonar*. Y no menos cierto es que existía en la mayoría de ellos un factor de clase que los hacía sentir especiales: pertenecían, en general, a familias pudientes, los dueños de la tierra y de la patria.

La aparición espectacular de Tacuara, el que es considerado como "el primer operativo urbano de la guerrilla argentina", es el *Operativo Rosaura*. Sigo, centralmente, el relato de Gutman y también el de Alejandra Dandan y Silvina Heguy en su biografía de Joe Baxter. También el film de Luis Barone (*Los malditos caminos*) y el primero de todos: el de Fernando Ayala, *Con gusto a rabia*. El "Operativo Rosaura" (al que se le pone así por la conocida novela de Marco Denevi *Rosaura a las diez*) se lleva a cabo el 29 de agosto de 1963. Es un día desafortunado. Al menos para dos personas.

La noche anterior, Nell y dos de sus compañeros estaban cambiando la chapa de uno de los autos que utilizarían en el asalto cuando aparece un patrullero de la Federal. Suben al auto y huyen a alta velocidad. Tal como en una de tiros. Van en un Valiant. Desde él, uno de los hombres de Nell, Duaihy, "bajó los siete tiros del cargador de una 45 y logró frenar al coche de la Policía, pinchándole una de las gomas delanteras. Sin embargo, Nell, que manejaba, no pudo controlar el volante, chocó contra un auto estacionado y los tres tuvieron que escapar corriendo" (Gutman, *Ibid.*, p. 175).

Al día siguiente: el "Operativo Rosaura". Nell y dos más van de guardapolvo blanco. "Todos estaban armados con pistolas 45, menos uno: Nell cargaba una ametralladora PAM, robada un tiempo atrás en el Tiro Federal" (Gutman, *Ibid.*, p. 175). También los Montoneros habían robado en el Tiro Federal las armas que atesoraban en el sótano de Timote, donde mataron a Aramburu. El "Operativo Rosaura" es complejo de describir. Esto da una imagen de la ambición que lo animaba. Nunca se había visto un operativo así. Esto asombró a la prensa cuando dio la noticia del hecho. Pero todo se desarrollaba tranquilamente, con precisión, hasta que ocurrió lo inesperado: "De pronto, una voz grave y potente, de estilo militar, paralizó a todos. '¡Alto!', gritó José Luis Nell, que había bajado de la ambulancia y se acercaba. Había emergido detrás de un pequeño arbusto. Un pañuelo de colores le cubría la cara, mientras los apuntaba con la ametralladora (...). A los que estaban en la playa de estacionamiento y a los que escucharon desde sus habitaciones, esa única palabra de José Luis Nell les pareció capaz de paralizar al mundo entero (...). La forma en que los hechos se desarrollaron a partir de entonces esconde una circunstancia que nunca fue aclarada. El sargento Martínez era el único que estaba armado de todas las personas que Nell tenía enfrente. ¿Hizo un movimiento de uno de sus brazos como para sacar la pistola de su cinturón? El policía juraría que no. Nell, y también Rossi, asegurarían que sí" (Gutman, *Ibid.*, p. 178). Es evidente que el policía no movió una sola de sus manos. Nell lo tenía cubierto con una PAM. El tipo no era un suicida. Y aunque hubiera hecho un movimiento, ¿necesitaba Nell descargar su ráfaga de ametralladora? ¿No pudo decirle "Quieto o te quemo", "Quieto o sos boleta" o simplemente "Quieto, boludo"? No, lo que hizo fue descargar casi sin ton ni son su PAM. Causó estragos. Dos muertos y varios heridos. Disparó porque sus nervios estaban alterados. No bien vio algo que le pareció raro usó su PAM. Se llevaron la guita. "La ambulancia voló por la avenida Gaona hacia el lado de Flores, haciendo sonar la sirena" (Gutman, *Ibid.*, p. 179). Se rajaron. Se alzaron con 14.000.000 de pesos. Todo un éxito. En el Policlínico el panorama era distinto: "Nelly Culasso y Bóvolo sólo tenían heridas menores en los brazos y el sargento Martínez sería operado en el mismo Policlínico para sacarle una bala del hombro".

"A otros les había ido peor.

"Cogo, el chofer, había recibido un tiro a la altura de la tetilla izquierda, prácticamente en el corazón. Murió instantáneamente. Morel, el ordenanza-quinielero, había sido alcanzado por un balazo en la espalda, que le dejó un orificio de salida en el centro del pecho. Apenas alcanzaron a recibirlo en la guardia cuando falleció" (Gutman, *Ibid.*, p. 180).

El "Operativo Rosaura" tuvo tal impacto que de movida se llevó al cine. A Nell se lo describe como "un muchacho provinciano, miembro de un grupo terrorista de ultraderecha". Es Alfredo Alcón. Peinado a la gomina, siempre de malhumor y rasgando una guitarra. Canta el muchacho. Canta folclore. Los que hicieron la película estaban bien documentados. Tacuara surge junto con un revival del folclore. Los chicos malos de las familias de guita se reúnen entre ellos y cantan sambas, chacareras, vidalitas. Hay una samba que cantan mucho. Doy fe. Estuve en una reunión y apareció un guapito de estos. Perfecta cara de malo, peinado a la gomina, brillante. Trajeado y con guitarra. Ahora que lo recuerdo: les había perdido el miedo. Esto ya sería por 1962 y en 5 años un muchacho crece mucho. Me parecían patéticos, rufianes, compadritos de clase alta. Fachos que encarnaban hoy a los pendencieros de la Liga Patriótica, a los niños bien de Manuel Carlés. El caso es que el tipo cantó *El indio poeta*. "Ha muerto el indio poeta / silencio le hacen los cerros". O "los cerros lo están velando". Alguna huevada más y por fin: "Lloran los sauces su muerte". Era patético: sus antecesores habían liquidado a todos los indios. Un genocidio al que David Viñas habría de llamar "la Segunda Conquista de América", pero los tacuaritas le cantaban al "indio poeta". Coherente: era el único indio al que Roca habría aceptado. Un indio poeta, un indio inofensivo. No el indio de los malones. A ése, leña. De esos no quedo casi ni uno. "Indios poetas" nadie sabe si existieron, pero los patrones les cantaban canciones.

El film de Fernando Ayala está tan bien documentado que Luis Barone lo utiliza para ilustrar el asalto al Policlínico. Si es así, entonces ahí está Nell ametrallando como un tarambana, como un principiante aturdido, a los que se le presenten, a los que estén a tiro, a cualquiera, a todos. Barone sigue el recorrido de la vida de Nell. Que es detenido pero logra fugarse del Palacio de Tribunales. Conoce a Carlos Mugica. Luego viaja a China, a entrenarse militarmente. Apenas si anda por los 25 años. Vuelve por Montevideo, se entremete con los Tupamaros. Cae preso y lo guardan en el penal de Punta Carreta. En 1972 coprotagoniza la fabulosa fuga de los Tupamaros. Ciento once presos cavan túneles. Y se escapan. Los ejércitos se escandalizan. Alicia Eguren, en *Nuevo Hombre*, que dirige Silvio Frondizi, escribe: "Nada es imposible para la guerrilla urbana". Nell se incorpora a Montoneros. Se enamora de Lucía Cullen, que había estado enamorada de Carlos Mugica, quien habrá de casarlos. Se teje entre los tres una historia entrañable, potente. Lucía queda embarazada. Y llega Ezeiza. Aquí, toda la mala suerte del mundo se descarga sobre José Luis Nell. Lo hieren en la columna vertebral y queda cuadripléjico. El, un hombre de acción, un militante de primera línea, un guerrero, en una silla de ruedas. No puede tolerarlo. Cerca de unas vías abandonadas del Ferrocarril Mitre decide terminar con su vida. Hacia ahí se dirige. Es de noche. Alguien, un notable escritor y pensador, habrá de escribir en un libro perdido en la vorágine de los años y las desgracias: "¡Quién lo ha visto pasar en su silla de ruedas!". Así, con signos de admiración, marcadamente, como una exhalación postrera. Nell se suicida. Lucía muere en la ESMA. Y de Carlos Mugica ya hablaremos. En su féretro, la noche de su velatorio, su cara era de una blancura asombrosa. Todos pasaban a su alrededor y la mayoría lloraba. Yo lloré cuando leí esa frase destinada a Nell: "¡Quién lo ha visto pasar en su silla de ruedas!". Pude verlo. Pude imaginar al guerrero caído, al militante cuadripléjico, al hombre que va solo hacia la muerte arrastrándose en una silla de ruedas. Con una pistola, la suya, cargada con balas para él. Con una. Con la definitiva. Aun así no puedo dejar de tener una bronca que debo decir si quiero ser totalmente sincero. Asesinaste a dos tipos, José Luis. A sangre fría. Ni justicia popular ni pelotas. Un asesinato de punta a rabo. Por ahí eran peronistas. Laburantes peronistas y vos eras apenas un tacuara que olfateaba el movimiento nacional. Uno es un boludo, un gallina, un blando al lado tuyo. No tuvo ni tendrá tu coraje en ninguno de los actos de su vida. Pero difícil que asesine a dos tipos con una PAM. Te gustaba la PAM, se comprende. Hay tipos que nacen con la fascinación de los fierros. Otros les tienen miedo. O una cautela tan cautelosa que se parece mucho al miedo. Es que matar los volvería locos. No quiero decir que no puedan. Insisto: a todo hombre toda conducta humana le es posible. Algunos requieren condicionamientos extremos, otros todavía más. Pero vos hiciste fuego demasiado rápido, José Luis. Tan rápido como todo fue rápido en tu vida: la militancia, las armas, el asalto, el asesinato, China, Punta Carretas, Montoneros, Lucía, Carlos Mugica, Dios, Ezeiza, la tragedia de la invalidez, el ferrocarril Mitre, la noche del final, tu propia pistola, el suicidio.

Colaboración especial:
Virginia Feinmann - Germán Ferrari

PROXIMO DOMINGO

Las dos vertientes de la Juventud Peronista (II)